



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10884

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Está Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 5 DE ABRIL DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Casarville 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTÍAS

Capital social efectivo.	Posetas	12.000.000
Primas y reservas.		44.028.645
TOTAL.		56.028.645

33 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 84.650.087,42

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capital diferido á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS
CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLIN, 12.

NO SON IGUALES

Los recientes últimos triunfos alcanzados por nuestro sufrido y valiente ejército en Filipinas, han resarcido á la patria de los sacrificios hechos para dominar la actitud rebelde de unos cuantos millares de ilusos, que, en mala hora, y por su daño, dieron oídos al canto de sirena de los Rizal y los Rojas, directores de la algarada y dictadores del archipiélago si hubiera triunfado la revolución y no los hubiera herido de muerte la espada de la justicia.

A tal sacrificio tales victorias. Aquel ha sido grande, doloroso, tan doloroso y grande que causó admiración en los extraños. Las victorias que han sido su consecuencia también han causado admiración y de ello certifican los grandes periódicos extranjeros al dar cuenta de los combates librados por los soldados de España para recuperar Imus, Cavite, Noveletas, baluartes de la rebeldía, considerados no hace mucho insuperables, porque no se tuvo en cuenta al calificarlos de ese modo que eran españoles los soldados que tenían la misión de combatirlos y arrasarlos.

La grave situación de Filipinas ha quedado dominada en un momento y la que ayer fue considerada, y lo era, sublevarción formidable, es hoy conjunto de partidas sueltas, diseminadas y perseguidas, que solo piensan en acogerse á indulto.

La insurrección en aquella parte

del territorio español puede considerarse terminada. Queda ahora la de Cuba, menos fuerte pero más tenaz, más difícil de resolver, no por el número de los rebeldes ni por las posiciones que ocupan, sino por su manera especial de combatir y por las condiciones especialísimas del terreno en que se mueven.

Si fueran iguales las campañas de Cuba y Filipinas; si en Cuba hubiera un Noveletas y un Cavite y un Imus y se defendieran en ellos los rebeldes, ha mucho tiempo que habría recibido el golpe de gracia la revolución de los mambises.

Pero no son iguales. El indio ha peleado y ha sido vencido; el mambis no pelea, huye, y cuando mas se embosca y dispara su fusil contra el soldado que pasa por el camino.

Lucha que se desarrolla en esas condiciones como no ha de durar mucho tiempo?

No es, pues, extraño lo que pasa en Cuba. El ejército de la Gran Antilla no es distinto del que se ha cubierto de gloria en la isla de Luzón. Es el mismo, con iguales bríos y con idéntico deseo. Lo que hay es que ambas campañas no son iguales; y mientras el un ejército combate contra hombres que dan el rostro, el otro combate con fantasmás que huyen el cuerpo.

TIJERETAZOS

Declara el corresponsal del «Nueva York Herald» en Cuba, que la campaña de Máximo Gómez no ha sido más que una farsa.

No dirán lo mismo las madres de los infelices soldados macheteados por las hordas del generalísimo.

Para ellas la campaña de Cuba ha sido una tragedia.

No obstante, bueno es que el corresponsal se vaya enterando para decirlo á sus lectores, de la clase de gente que milita en el ejército libertador de la gran antilla.

Lo poor de casa, regido por el traidor más grande que pisa la tierra.

Ha quedado cerrada la trocha del Júcaro para impedir el paso al generalísimo de los mambises.

También quedó cerrada la de Mariel y la pasé Maceo.

Y si al menos al cruzarla ahora Máximo Gómez le saliera al paso un Cirujeda... menos mal.

Lo malo es que la casualidad no se prodiga.

Ya sabemos donde está Sanguliy y lo que intenta hacer.

Se encuentra en los Estados Unidos preparando una expedición.

No hay que alarmarse ni adelantar juicios. La expedición que proyecta ese filibustero es ir á los baños, para combatir... el reuma que padece.

Con ese enemigo es con el que está en tratos de paz Sanguliy.

Y se supone que media en el asunto... un profesor de medicina.

Morgán ha vuelto á las andadas y ha pedido en el Senado de Washington la declaración de beligerancia á los cubanos.

¡Qué mérito tiene ese hombre!

Sabe que no ha de alcanzar lo que desea, y no cesa de pedirlo á sabiendas de que malgasta el tiempo.

Vayan ustedes á hermanar eso con aquello de que «el tiempo es oro.»

A menos que el senador de referencia reciba empujones de los mambises, por las resoluciones que presenta en la cámara y por los disparates con que esmalta sus discursos.

DESDE MADRID

Sr. Director:

Muy señor mío: Con una temperatura digna de la última quincena de Junio empiezo esta crónica, rogando al sol que no resulte fría.

Las horchaterías (pues me ha salido un asunto fogoso) prestan consuelo á los madrileños, luciendo sus blancas y redondas mesas y sus blancas y redondas horchateras, frías como el mármol ó calurosas como el tiempo, según quie-

ren resultar dentro de su «bata de percal planchada».

¡Pero nada de «mantón de flecos». El mantón sobra; las curvas y las exuberancias, mal veladas por la batista ceñida, son de más parroquia que lo artístico del pliegue del mantón arrebuñado.

Se sacan del fondo del arca los calcetines del año pasado, corinto, bordados en sedas lacas por la espiritosa Clementina, y la blusilla de fulard, algo anémica por mor del solace que hace en Pozuelo. La gente olvida aquello de nuestros abuelos:

«Hasta el cuarenta de Mayo no te mudes nunca el sayo.»

y se aligeran de ropa. Aunque esta padezca, cual la blusa clorosa, ¿qué importa? La clorosa (colores pálidos) que añaden de soltura los anuncios, es enfermedad corriente, y hasta necesaria; es un mal que ha hecho época (como se decía antes). Todo parece colores pallidos... ¡Todo! Desde la moda, que por seguir la de Londres, nos dá el mantón á tutti pasti, hasta la política, la oratoria, la ciencia y el arte.

Y no me olean exagerado: antes los pintores, por ejemplo, copiaban los brocateles rojos para dar á los mantos de sus figuras vigoroso realce de color; el carmín y el azul turquí era los más en boga; hoy Jiménez hace de la sala de un hospital admirable estudio de luz, que gana premio, casi absolutamente con el blanco y el gris. Ofase atañido defender ciertas producciones literarias sólo con esta ó parecida frase:

«Es admirable ver la cantidad de cosas que allí pasan y la cantidad de personajes que se mueven, etc., etcétera. «Hogaño, se oye regularmente;... porque allí no pasa nada, es una baladita... una cosa tenue, sutil... que se desliza sin sentir... sin saber por qué...» ¡Encantador! cada uno le da á su antojo la salida...

¡Incoloro! ¡Mil veces incoloro! Sin ropajes turquí ni rayos de fuego, sin una base de color marcada y llena de sombras y maticos, que llamamos arte, que lo es, pero blanco y gris...

Pero no quiero que usted, Sr. Director, me moteje de difuso, y aun peor de Perogrullo. Lo que digo no es nuevo; no es nueva ni siquiera la queja (tanto se lamentan de lo mismo)

Ya habrán ustedes visto que Felavija se alivia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 218

CARLOS II EL HECHIZADO 212

CARLOS II EL HECHIZADO 209

La astuta dama pasó sus ojos por la rígida fisonomía del padre.

—Ni de una manera ni de otra.

—No comprendo; sin embargo podéis explicaros.

—En primer lugar mi venida aquí es agena á cuestiones meramente personales ó á remordimientos que angustien el corazón.

—¿Entonces será vuestra visita una prueba de confianza, más de las que me habeis dado?

—Tampoco

—Sois un enigma. ¿Qué queréis de mí?

—Ya os lo he dicho. Hablaros y consultaros.

—Podéis principiar si lo teneis á bien. Más perdonad, duquesa, se me había olvidado ofreceros asiento. Colocaos en mi sillón; poned los pies sobre esta estufa, pues el tiempo está frío y de ese modo podreis comenzar vuestra consulta.

La duquesa obedeció, no sin echar otra ojeada al papellito que estaba sobre la mesa.

El padre Relax acercó una modesta silla al lado del sillón que antes ocupaba.

—Creo, dijo después de un momento, que á no mediar algún obstáculo por vuestra parte todo favorece á la confianza con que me queréis honrar.

—En efecto, replicó la duquesa dando á su acento una inflexión particular; cuando tan de mañana he

al mismo tiempo que el fraile antonaba este himno:

*San lucis orto sidere
Deum precemur supplices.*

—Buenos días padre Relax esclamó la duquesa sin cuidarse del profundo cántico del sacerdote.

—Señora, contestó este dejando caer el breviario sobre la mesa y afectando una admiración que no existía en su interior. ¿A qué debo la satisfacción de ser visitado por una dama que me honra demasiado?

La duquesa no contestó al pronto porque su mirada perspicaz había seguido el vuelo de un papellito cuidadosamente doblado, que se había desprendido del breviario cuando cayó sobre la mesa; papellito donde á pesar de la distancia, se veían los delicados perfiles trazados por una mano femenina.

Después de esta observación que pasó desapercibida para el religioso, contestó la de Terranova.

—Tenía que hablaros, ó mejor dicho consultaros.

—¿De qué modo? ¿De una amiga que busca los consejos de un amigo, ó de una penitente que desea la bendición del sacerdote?

—No sois vos quien debo preguntarme, sino satisfacer á mi pregunta solamente.

—No es una cualquiera, pensó el fraile para sí. Habla en tono imperativo. Señora, continuó en voz alta, su reverencia debe estar rezando matines.

—Poco importa, dijo la duquesa como satisfaciéndose á sí misma; tengo que verlo al momento. Pasadle recado.

El fraile se estuvo quieto como un sorro.

—¿No me habeis oído, ó no queréis comprenderme? prosiguió.

—Es que quisiera me hicierais la merced de decirme de parte de quien tengo que pasar ese recado.

La dama hirió el pavimento con la punta del pie. Conoció que la curiosidad de aquel importuno era superior á su poder, y no titubeó en descubrirse.

—La que desea hablar con vuestro dueño, es la duquesa de Terranova, esclamó esta señora, con la violencia de aquel carácter audaz é intrigante que la distinguía.

El fraile dió un respingo en el sillón, hizo dos ó tres cortos y corrió á una puerta inmediata, esclamando: